Socialismo y distopía

Posted on 1 de febrero de 2009 by Manuel Arias Maldonado

Es bien sabido que la funcIón de la utopía en nuestra cultura ha sido, desde sus orígenes, objeto de controversia. Efectivamente, Aristófanes y Platón ya la emplearon; Tomás Moro vino a establecerla como forma habitual del ensayo político; Maquiavelo, sin embargo, la execró por distraernos de la realidad que debe guiar nuestras reflexiones. Y así sucesivamente. En la edad moderna, el tema dominante de la utopía bien puede considerarse la construcción del orden social ideal mediante, alternativamente, el abrazo de la razón técnica o su feliz rechazo: ¡del positivismo al falansterio! Sucede que, cuando esas utopías modernas empiezan a hacerse carne mediante distintos proyectos de ingeniería social, sus peligros inherentes dan lugar a una variante del género desde entonces dominante: la distopía, o utopía negativa. O lo que es igual, aquella representación del futuro que, juzgada *probable* a la luz de rasgos insinuados en el presente, se denuncia como *indeseable* a través de su descripción en un porvenir imaginario. Y, precisamente, la obra que ahora se reedita –con riesgo de pasar tan inadvertida como en sus anteriores ediciones– es el modelo inaugural de la distopía moderna, influencia confesa de Orwell y otros practicantes del género: *Nosotros*, del infortunado Evgueni Zamiátin.

¿Infortunado? Desde luego. Difícilmente podía ser otra cosa un escritor ruso que, en 1920, aspirase a publicar esta sorprendente ficción: una tempranísima denuncia de la facilidad con que el sueño socialista de la felicidad organizada deriva en el aplastamiento de la libertad individual. Y pagó por ello. Aunque menos que otros; en fin de cuentas, gozaba de cierta posición. Ingeniero naval enfrentado primero a la censura zarista, sufrió pronto, tras el triunfo de la revolución, la de sus correligionarios bolcheviques: la obra que nos ocupa no se publicó en Rusia hasta 1988. Zamiátin escribirá años después, en 1931, con la mediación de Gorki, una célebre carta –incluida en el desconcertante prólogo a esta edición, sobre el que luego volveremos– a Stalin *himself*, donde con humilde franqueza confiesa: «Sé que tengo la mala costumbre de decir en un momento determinado no lo que podría resultar conveniente, sino lo que estimo es la verdad» (p. 8). Stalin, asombrosamente, le concede permiso para exiliarse ese mismo año. Y Zamiátin se instala con su esposa en París, donde –tras colaborar con Jean Renoir en el guión de *Los bajos fondos*, adaptando, sí, al aquiescente Gorki– muere en la pobreza, en marzo de 1937, a la edad de cincuenta y tres años: un destino irreprochablemente soviético.

Es en episodios como éste donde se pone de manifiesto, en toda su peligrosidad, el enfrentamiento secular entre el artista y el tirano: cuando aquél se juega la vida frente a

éste. Y tal es, precisamente, el tema de *Nosotros*, a saber: la anulación de la individualidad, por medio de la violencia ideológica, en nombre de una abstracción colectiva. La novela presenta una sociedad aislada de la naturaleza y dominada por un Estado Único, a cuya cabeza se sitúa un Benefactor que, de la mano de un cuerpo de Guardianes, ejerce el control total sobre una sociedad convencida de los beneficios de la servidumbre, la mecanización de las costumbres y la anulación de las pasiones humanas: primera cartografía de un terreno literario ahora sobreexplotado. Las noticias del futuro provienen del diario personal de un ingeniero aeronáutico, D-503, que experimenta una clásica aventura de transfiguración –de siervo a rebelde– cuando se enamora de una activista y lucha, en vano, contra el sistema; sus anotaciones personales, entre la perplejidad y el júbilo, recogen ese proceso. Tan severo tema viene servido, no obstante, por un ágil relato que combina la efervescencia estilística de la vanguardia con una mirada oblicua sobre la realidad narrada que recuerda, o anticipa, al formidable Gombrowicz de *Ferdydurke*. No es una obra redonda, sino más bien encantadora; pero es asombrosamente certera.

Bastan las primeras páginas, donde se reproduce el llamamiento estatal para la conquista del espacio exterior, para advertir el demoledor alcance de la sátira: «Tenéis por delante la tarea de someter al benefactor yugo de la razón a los ignotos seres que habitan en otros planetas y que, tal vez, todavía se encuentran en estado salvaje de libertad. Si no comprenden que les llevamos la felicidad matemáticamente infalible, nuestro deber es obligarles a ser felices» (p. 33). ¿Ecos de Rousseau? También él hablaba de forzar a los demás a ser felices. Zamiátin desarrolla toda una antropología negativa de la sociedad socialista del futuro: el estado de no libertad es el estado ideal; la conciencia personal es una enfermedad; las pasiones humanas son un molesto anacronismo. Cientifismo y positivismo conforman la premisa filosófica: «Todo es finito. Sencillamente, todo puede enumerarse, luego obtendremos la victoria filosófica, ¿me entiende?» (p. 290). En ese contexto, la subordinación del individuo al Estado se expresa mediante una metáfora incontestable: «La tonelada tiene derechos y el gramo, deberes» (pp. 160-161). ¡Queda claro! Esta subordinación alcanza, naturalmente, al poeta: la poesía es descrita como un servicio estatal, a la manera de aquella frase de Stalin que describía a sus practicantes como ingenieros del alma.

Zamiátin demuestra así una penetrante intuición de los resortes básicos del totalitarismo: en el curso de las peripecias del narrador, se pone también de manifiesto la capacidad de la abstracción ideológica para privar a la realidad de su aparente contenido moral y sustituirlo por aquel que conviene a los fines estatales. ¡Palabras y realidad! Orwell daría un paso más y hablaría de la neolengua. Pero Zamiátin deja clara la diferencia entre el revolucionario y el homicida: «Tal vez ambos tengan en sus manos el mismo cuchillo o bisturí y hagan lo mismo, esto es, cortar la garganta a una persona viva. Sin embargo, uno es un bienhechor, y el otro,

un criminal» (p. 122). Resulta chocante pensar que la única diferencia entre esta declaración y aquellas casi idénticas que –como *programa* de acción– formularon los líderes históricos de la revolución, sea la *ironía* que en la novela desactiva la espeluznante literalidad del enunciado. Simultáneamente, la confusión propia de quien no comprende cómo su ideal puede corromperse, ya en su primera hora, se trasluce gráficamente en el texto: «Ya hace tiempo que dejé de comprender quiénes son ellos y quiénes somos nosotros» (p. 213). La novela es, como puede comprobarse, elocuente a fuer de lúcida. Y culmina con un sorprendente, jubiloso anacronismo involuntario: «¡El Muro! ¡Han derribado el Muro!» (p. 277). Metáfora e historia sobrevenida de la sociedad cerrada.

Es verdad que la posterior evolución del régimen comunista convierte irónicamente en *deseable* la fabulación de Zamiátin: los muertos se cuentan por docenas y no por millones. Pero nuestro hombre, proporciones al margen, tuvo el mérito de alertar enseguida sobre la semilla totalitaria del socialismo: a diferencia de otros observadores, simplemente tomó *en su literalidad* aquello que ya tenía ante sus ojos; aquello que los textos de combate de Lenin y Trotsky, por demás, señalaban sin ambages. A su vez, demuestra con ello que era perfectamente posible verlo, aunque muchos no lo hicieran y otros prefirieran no hacerlo. Incluso los textos de Marx sobre la sociedad sin clases son ya, en sí mismos, distopía: toda utopía es simultáneamente su propio negativo, por proponer una representación del futuro cuyo estatismo no es de este mundo. Más aún, ¿no están las filosofías de la historia, como el idealismo hegeliano que sirve de inspiración a la utopía socialista, henchidas de un trascendentalismo profundamente utópico, cuyas raíces rastreara ya Karl Löwith en la escatología cristiana? Y, así, en correspondencia con una escatología histórica que trae el reino de los cielos a la tierra por medio de una fantasmal sociedad socialista, la distopía totalitaria no hace sino mostrar la verdadera realidad de ese sueño: un infierno mundano. No obstante, convendría matizar que la inclinación utópica es universal: vive allí donde el hombre proyecta su nostalgia constitutiva en escenarios, pasados o futuros, donde todos los conflictos humanos son resueltos. Las representaciones imaginarias tienen la virtud –el peligro– de estilizar la realidad. Esta propensión acaso sea un anhelo, una necesidad. Y tanto el individuo como las sociedades deben saber reconocer esa ilusión, para mejor evitar las consecuencias de su persecución. Zamiátin formula esa advertencia; lo hace ligera, casi humorísticamente; e inaugura con ello un género: bienvenido sea.

Mención aparte merece el prólogo que acompaña a esta edición, obra de su traductor, Sergio Hernández-Ranera. Y la merece, porque dice mucho acerca de la interpretación que puede hacerse de un texto cuando se sabe ya de antemano lo que se le quiere hacer decir; algo llamativo, cuando hablamos de una novela que alerta sobre el poder de la ideología para interponerse entre nosotros y el mundo. Aunque es una exageración, puede entenderse que

el traductor de una obra la ensalce como cumbre de la literatura del siglo XX; se entiende menos, en cambio, su afirmación de que la crítica de Zamiátin «no sólo es aplicable a las dictaduras de corte estalinista, sino a un sistema de dominación *mucho más amplio y supranacional* cuyo método tiene un nombre de sobra conocido por todos: la globalización» (p. 6; la cursiva es nuestra). Se trata de una comparación formidable, derivada directamente de esa escuela de pensamiento marxista que –Gramsci y Foucault mediante– se empeña en decir que la realidad no es la realidad, sino otra cosa distinta. Y, más exactamente, una telaraña de dispositivos sistémicos de dominación social, que dejan al individuo inerme ante unos mitificados poderes políticos y económicos: «La perfección del control es total cuando ya no queda nada con lo que compararse, cuando ya todo el mundo se rige por el mismo sistema» (p. 21). De este modo, no es necesario comparar los distintos modelos: el totalitarismo invisible es tan dañino como el visible; el sistema capitalista, tan perverso como el estalinismo; la llamada violencia estructural, tan coercitiva como la puramente real. ¡Golpe de platillos! Pero, ¿de verdad puede afirmarse que el mundo contemporáneo padece una pérdida de libertad individual comparable a la de los totalitarismos antiliberales del pasado siglo? Evidentemente, no. Leer correctamente a Zamiátin supone reconocer que luchó por una sociedad más parecida a la nuestra que aquella que lo condenó al ostracismo; hay diferencias. Si el mundo contemporáneo ha generado su propia distopía –una distopía *a la vista*– no es por falta de libertad, sino por su malbaratamiento: más que leer a los clásicos, nos vamos a la playa. Así que no exageremos.

Autor: Evgueni Zamiátin

Edicion: Akal, Madrid

Paginas: 294 pp.

Precio: 9 €

Titulo: NOSOTROS